

Circularidad y errancia de la escritura en Andrea Jeftanovic y Lina Meruane

Cécile Quintana

Universidad de Poitiers, CRLA-Archivos

Destinos errantes de Andrea Jeftanovic (2017) y *Volverse Palestina* de Lina Meruane (2014) pueden leerse como las crónicas de algunos viajes que ya se han publicado anteriormente en otros medios y que las dos escritoras chilenas hicieron a diferentes partes del mundo. Recordamos otros datos que las emparejan. Jeftanovic y Meruane nacieron las dos en Santiago en 1970 y tienen una relación con la escritura desde el espacio de la creación y desde el de la academia por haber estudiado las dos literatura y por ser docentes en la Universidad. Puesto que vamos a enfocar el tema del viaje, es de notar que Estados Unidos ha sido una etapa decisiva para las dos, pues Jeftanovic preparó en California su doctorado en literatura y en Nueva York radica Meruane desde hace muchos años.

En *Volverse Palestina*, Meruane se centra sólo en Palestina, programando aquel viaje como un “regreso prestado” (17) a la tierra de sus antepasados a la que nunca volvieron ni su padre ni su abuelo. Jeftanovic en cambio da cuenta de sus errancias vividas, imaginadas, leídas o temidas (10) por Estados Unidos, Cuba, Brasil, Israel y Croacia, la tierra de sus antepasados.

La noción de errancia, en conformidad con la descripción etimológica que propusimos en introducción a este libro, tiene que ver con el aspecto azaroso de los itinerarios que trazan estas escritoras fuera de los previsible recorridos turísticos, pero si bien alude esta noción a una modalidad del viaje nos interesa más entenderla como una modalidad del conocimiento, o sea, como un modo de ser, de entender el mundo y escribirlo en forma circular. Dice Jeftanovic:

“Quiero pensar que no camino en la línea recta y equivocada de la historia. Quiero pensar que tengo las llaves de esa otra cerradura y que avanzo en círculos” (159). En el prólogo de su libro, ella misma define el caminar como una hermenéutica literaria, que podríamos ubicar dentro de la tradición de Rousseau o de W. Benjamin. Lo que nos interesa, es darle énfasis a esta idea de circularidad para caracterizar el estilo literario

de las escritoras. El avanzar en círculos se opone al desplazamiento en línea recta. La recta es la manera más rápida y directa de llegar a algún sitio –usamos la imagen “a vuelo de pájaro”– que implica no desviarse, al contrario de lo que supone la errancia: extraviarse, dar vueltas, trazar círculos. Para entender la complejidad del mundo y sobre todo la historia conflictiva de ciertas regiones como la de Israel y Palestina, evocadas en los dos libros, también hay que trazar círculos, o sea, perímetros de comprensión que abarquen el problema desde sus múltiples facetas. Así, para entender el alcance ético y político de estas crónicas, nos preguntaremos qué significa caminar, pero sobre todo escribir, ya no en línea recta sino en círculos.

1 El círculo enunciativo “ajeno”

La palabra polisémica de “destino”, usada en el título de Jeftanovic, toma todo su sentido como lugar programado de un viaje (llegada) y como trayectoria personal (sino). Los viajes de estas dos escritoras son una experiencia de la subjetividad por el mundo donde el “yo” ocupa un lugar de enunciación privilegiado, pues no es un simple observador que *viaja* para descubrir realidades exteriores, sino alguien que *vive* aquellas realidades que lo implican, impactan y afectan, tanto por su historia personal como por su entrañable trabajo de escritura y lectura. Para viajar, no son las guías turísticas las que encarrilan a las autoras hacia nuevos horizontes sino los libros que han leído. “Cuando [una] viaja, viaja a reconocer lugares y geografías leídas” (193) aclara Jeftanovic. En *Destinos errantes*, Clarice Lispector e Isidora Aguirre ocupan un lugar privilegiado. El viaje de Isidora Aguirre a Cuba en 1967 influyó y preparó el de Jeftanovic en 2011, relatado en el capítulo “Sin embargo, Cuba”. Se subraya el “giro copernicano” que dio Isidora junto al poeta Roque Dalton, al pintor René Portocarrero, a Carpentier o a Osvaldo Dragún (191) cuyas fotos se incluyen en el libro a modo de archivo de tal manera que Jeftanovic termina por considerar a Cuba como un “país archivo” (193) que se compone en parte de la memoria de Isidora pero también de la de Castro y el pueblo cubano. En efecto, cuando se encuentra Jeftanovic en Cienfuegos, para integrar el jurado del Premio Casa de las Américas, ocupa el histórico cuarto 614 del hotel *Jagua* donde el mismo Castro se hospedó el 18 de octubre de 1960. Entonces recuerda los vínculos azucareros que se tejieron entre Chile y Cuba, cuando Castro decidió “venderle a Allende azúcar en cantidades ilimitadas sin exigir pagos en divisa” (207).

A Israel, viaje en el cual insistiremos más por ser común a las dos escritoras, los libros de Edward Said, Amos Oz, David Grossman, Susan Sontag o Ilan Pappé conforman su biblioteca. Si bien Israel o Palestina no son destinos que se inscriben con tanta pasión y frecuencia, como Cuba, en la tradición de los viajes culturales que los escritores hispanoamericanos hicieron por el mundo, Palestina, vista aquí desde una perspectiva chilena, remite a una parte de la historia colectiva de los cien mil habitantes que huyeron de Cisjordania a Chile y América en el siglo pasado. Sobre aquella frágil y caótica región del Medio Oriente, la visión de Andrea Jeftanovic y Lina Meruane coincide. A nivel formal, recurren las dos a la forma del reportaje, archivo, y diario para que el relato se vuelva también confesión de lo íntimo: “He viajado lejos para resolver lo más íntimo en cuartos ajenos” (9) puntualiza Andrea Jeftanovic.

2 Intimidad y otredad

Desde el espacio de lo íntimo, la noción de errancia cobra incluso un alcance ontológico, ya que se entiende como una necesaria y extraviada experiencia de sí mismo como previa condición para provocar el encuentro con el otro: “Caminar en círculo hasta que uno se pierda a sí mismo de vista y vea al otro” (159) subraya Jeftanovic. Uno sabe quién es cuando da con la alteridad. Para Meruane, la noción del otro es de entrada más ambigua y equívoca; esa otredad en su caso se ve postulada, desde el inicio del viaje, como parte de sí misma, a través de lo que ella llama “un regreso prestado”: *es y no es* su viaje. “No sería un regreso mío. Sería un regreso prestado, un volver en un lugar de otro. De mi abuelo. De mi padre. Pero mi padre no ha querido poner pie en esos territorios ocupados” (17). Su abuelo migró desde Levante a Chile hacia 1915. De paso alude a los “árabes errantes” (25) que salían de Haifa para llegar a América, como ratones y cucarachas amontonados en los sótanos de los barcos. Así, siendo un “Je est un autre” es como Meruane sale al encuentro del otro en ese ansiado viaje a Palestina. Aquel regreso no es un viaje cualquiera, es el camino hacia el origen de su identidad chilena donde los datos más básicos se vuelven cuestionables, empezando por su apellido “Meruane”. Aquel apellido heredado se convierte en un enigma del que busca algunas huellas en una genealogía insegura: “De mi familia, en Beit Jala, no quedan más que un par de mujeres que llevan en algún lugar el Meruane. Los demás portadores del apellido viven desperdigados por nuestra loca geografía” (43). Notemos la inconfundible referencia al libro de Benjamín Subercaseaux, *Chile, o, una loca geografía*. Por medio de esta llave-clave, “Meruane”, se abre la puerta de Palestina: “Empiezo por escribir la palabra Meruane” (20). En un apartado titulado “Falsa pista de un apellido” vemos cómo avanza a tientas, explorando y fantaseando varias pistas: “Empiezo por escribir la palabra Meruane. Oprimo la lupa que inicia la búsqueda en una base de datos. El único resultado que me devuelve la pantalla es un artículo publicado en una revista británica. “Sahara en 1915”: así se titula” (20). Se intuye, en esta búsqueda sobre el apellido, el interés que manifiesta indefectiblemente Meruane por el lenguaje, estrujando y cuestionando las palabras de manera obsesiva. De hecho, la historia del conflicto israelí-palestino que nos cuenta encuentra su justificación desde la perspectiva y la experiencia del lenguaje. La escritora no reconstituye la cronología de los hechos sino el tejido de las palabras que se usan para describir y caracterizar el conflicto. Así, le dedica varios capítulos exclusivos a algunas como “revancha”, “muro”, “terror”, “ocupación”, dejando claro que no hay un discurso neutro porque las palabras no pueden serlo. Una de las palabras más importantes, para entender el sentido del viaje, es “volver”, y sus diversas extensiones: “volverse”, “volvemos”, “volveres”. Después de leer el libro, nos preguntamos: si bien Meruane ha vuelto a Palestina, ¿en qué condiciones y estado de ánimo ha vuelto de Palestina? ¿Acaso se ha vuelto Palestina?, como lo podemos intuir a partir de las potencialidades semánticas del título. ¿Cuál ha sido el cambio que ella ha dado, si es que ha dado alguno? ¿Qué trajo de vuelta? Lo mínimo que podemos contestar y comprobar es: un libro, *Volverse Palestina*. De ahí, otra pregunta: ¿qué le produjo el escribir, después de viajar? Sabemos que certezas no son las que este relato enhebra, al contrario, se nos advierte que hay que huir de ciegas adhesiones y creencias. Pero lo congruente e inequívoco, es que la necesidad de viajar va pensada desde el principio como un proyecto vital de escritura, como si la mejor

manera de darle sentido y forma a aquella identidad prestada fuera escribiendo, ya que el lenguaje es el territorio donde los escritores como Meruane echan sus verdaderas raíces: “mi deseo de escritura se acerca a la línea de experimentación con el lenguaje y con la forma narrativa” (Balmaceda 90), confiesa la escritora a Paz Balmaceda en una entrevista del 2010, citando de paso a quienes la inspiraron:

Hay autores que centran su mirada en el lenguaje y en el trabajo simbólico como elemento clave de su literatura, donde uno podría encontrar a Joyce como autor de referencia (me parece que aquí ubicaríamos la experiencia de lenguaje que se encuentran en el Droguett tardío de *Eloy o Patas de perro*, en el Donoso de *El obsceno pájaro de la noche*, en la escritura neovanguardista de Diamela Eltit y en Roberto Bolaño [...]). (Balmaceda 90)

En *Volverse Palestina*, la idea del viaje asociada a un proyecto literario nace en seguida, cuando Meruane trata de contactar a un conocido en Jaffa para proponerle que haga él una crónica sobre la región. El escritor la invita a que ella misma participe en el proyecto y viaje a la tierra de sus antepasados. Entre la espada y la pared, piensa Meruane: “Ir o no ir, esa será mi pregunta. Ir y escribir, o no ir y nunca dejar mi Palestina por escrito” (42). Escribiendo será como hará suya Palestina, como *se volverá* Palestina. Nada extraño, ya que, para Meruane, Palestina remite desde la infancia a una lejana realidad geopolítica pero, sobre todo, a un relato: “Lo palestino ha sido siempre para mí un rumor de fondo, un relato al que se acude para salvar de la extinción un origen compartido” (17). Palestina es un territorio de ficción tanto más cuanto que el relato quedó incompleto en el archivo familiar: “La recapitulación del pasado se ha vuelto dudosa incluso para mi padre” (20). Esta incompletud justifica el desplazamiento escritural a/de Palestina.

Para Jeftanovic, también el viaje presenta una doble posibilidad para indagar en el archivo familiar y armar un proyecto de escritura. En su caso, su origen serbo-croata la lleva sobre las ruinas de la guerra de los balcanes de 1992-95, que presenta en su primera crónica “Sarajevo underground”. Con las ruinas de este conflicto tropieza la memoria familiar, dividida entre los que se definían como croatas y los que se asumían como serbios. Si bien asienta Jeftanovic que el viaje brinda la oportunidad de un “proceso interno de reconocimiento de herencias familiares” (11), no por ello busca la escritora reforzar sus ataduras con el pasado y la conciencia de los orígenes sino, al contrario, liberarse de ellas y llegar a lo que ella llama su “propia síntesis” (11) al cabo de un largo caminar. La identidad para ella no es una cuestión de afincamiento ni unicidad respecto a un origen o unas raíces que identificamos generalmente con el lugar donde nacemos, sino de movilidad y pluralidad: “A veces se camina para reconstruir el origen” (14). La escritura participa de ese caminar; la escritura es ese caminar.

3 El movimiento circular de la escritura

En estas atrevidas experiencias escriturales, la idea de desplazamiento pone en tensión el acto de moverse y el de escribir. Las dos actividades se responden, resolviendo la consabida e infértil dicotomía entre lo intelectual y lo físico: “Escribir es un ejercicio físico: entre otras cosas, implica desplazarse, caminar, volar, navegar: todos verbos en infinitivo” (12) recalca Jeftanovic. El viajar y el escribir exigen ponerse en movimiento, adoptar un ritmo; retomando a María Sonia Cristoff, Jeftanovic evoca el pulso de la caminata entrelazado con el pulso de la escritura (141). También sugiere que este movimiento no se da en forma lineal como se ha podido teorizar, plasmando en la sucesividad de las frases horizontales el movimiento de la escritura que progresa en la página llenándola de líneas. Esta representación de una progresión, y, por lo tanto, de un movimiento lineal de la escritura, se deriva también de la tradicional representación del tiempo como una línea. Sin embargo con Jeftanovic, se apuesta por un movimiento circular que coincide con un método adaptado para entender la complejidad de situaciones conflictivas como la que viven Palestina e Israel, acorde con el título que le da a uno de sus relevantes capítulos: “El íntimo círculo palestino-israelí”. Igual que en *Volverse Palestina*, las palabras de Jeftanovic, para entender la realidad palestina, trazan círculos, no rectas ni líneas, y así nos invitan a avanzar dando vueltas, extraviándonos, para contemplar, cautelosamente, las cosas bajo varios ángulos y esculcar meticulosamente el sentido de cada palabra que se usa. La circularidad es cuestión de método y el movimiento circular de la escritura genera su propia visión del mundo. Mientras que las líneas dividen, proponiendo esquemas binarios para determinar lo que está de un lado y no del otro, el círculo abarca. La línea excluye, el círculo incluye. Las líneas se concretan en muros que dividen, amurallan, encierran y matan, como el que Israel construyó. Lo mismo puede ocurrir con las palabras de ciertos discursos fanáticos que trazan líneas excluidoras. Meruane usa para ello la imagen de “palabras izadas” (115) cuya peligrosa verticalidad puede ser tajante y excluidora porque encierra y encasilla las identidades y la realidad en una sola definición, empezando por la palestina cuando *lo palestino* es una realidad plural, como lo sugiere el siguiente ejemplo: “Yo soy una palestina-48” le dice Zima y en seguida se pregunta Lina Meruane: “Si los palestinos-48 son los que se quedaron, ¿cómo se les llama a los que partieron?” (91). También son divisorias y reductoras las palabras “izadas” porque producen un solo tipo de discurso: en pro o en contra. Contra el enemigo o contra el traidor. El manejo recto y vertical de las palabras empobrece la visión del mundo porque crea irreversibles polarizaciones mientras que “la literatura está destinada a interrumpir y a complejizar la lengua reductora de ciertas causas. [. . .] Importa desconfiar de los discursos que obligan a adhesiones ciegas”, explica Meruane (191). Así, hay que cuidarse de construir, con las palabras, muros de certezas y equivocaciones. Al contrario, con ellas hay que dar vueltas, trazar círculos. Errar. Como método de análisis, la recta simplificadora es creadora de tensiones, no de soluciones. La solución está en cruzar y derribar las líneas. Meruane le apuesta a la “empatía”, concepto desarrollado por otros pensadores como Grossman: “empatizarse es atravesar el muro o el espejo que representa otro y sufrir con él o ella desde su circunstancia. Es un movimiento que recurre a los afectos, contrario a la rigidez del fanatismo” (189). En los dos libros encontramos ejemplos de valiosas y heroicas trayectorias *empáticas* de

individuos que han atravesado muros y cruzado líneas. Jeftanovic da el ejemplo de Bassam Assim, un guerrero palestino como se define él; durante los siete años pasados en una cárcel israelí comenzó a aprender el hebreo, la lengua del enemigo, para no perder la cordura en el encierro. Más tarde hizo un magíster sobre el Holocausto judío y terminó por ser cofundador de la organización Combatientes por la Paz. En 2007, perdió a una hija bajo las balas del enemigo, con todo y eso confiesa: “Durante los días de agonía fui acompañado por treinta familias israelíes, que estaban a mi lado en el hospital Hadassah. Así descubrí, de ese modo doloroso, la humanidad del otro” (155). Meruane da el ejemplo de Alan, un sionista criado en Chicago, convencido de la legitimidad divina de expulsar a los palestinos de sus tierras, quien también cruzó la línea divisoria que lo separaba del otro; admite: “[...] vine a Israel, y vi lo que estaba pasando, y entonces desperté” (99). Así, más allá del aspecto emocional, la empatía es un método crítico que nos invita a desplazarnos, a “atravesar muros” adoptando aquel “pensamiento del desplazamiento” teorizado por el antillano francés Édouard Glissant¹, para enfocar la realidad desde sus múltiples y contradictorias facetas, así como las identidades, con humildad, derribando generalizaciones, estereotipos y binarismos infructuosos. La última palabra la tienen los que han sobrevivido, como Robi, a quien le mataron a un hijo:

Ustedes van al exterior a sus países. Tengo un mensaje. No sean proisraeli no propalestino, no necesitamos gente expandiendo discurso de odio, estén a favor de la solución. Ayúdennos a comprender la tragedia que estamos viviendo. A veces se está metiendo a toda una sociedad en un mismo saco. No deseamos perpetuar el conflicto. (Jeftanovic 156)

Conclusión

El lenguaje y la escritura circulares de Jeftanovic y Meruane se anteponen a las certezas ciegas para enfocar, con lucidez y humildad, la compleja realidad que, desde sus diversos aspectos, van descubriendo en sus viajes. Jeftanovic y Meruane toman su responsabilidad como escritoras pero también interrogan y responsabilizan al lector, quien es parte del mundo. Estas crónicas político-literarias no cuentan viajes que siguen un trazado anticipado ni traducen visiones preestablecidas. Son, para evocar de nuevo a Glissant, “investigaciones de lo real” (130) apartadas de cualquier pensamiento fijo, uniforme y conforme. Son pensamientos y destinos errantes donde errar significa atinar para completar con tiento, rigor y sinceridad, el archivo de la memoria propia y el de la memoria dolida y sagrada de los pueblos.

¹Édouard, *Introduction à une poétique du divers*, Paris, Gallimard, 1996, p. 130: “[...] c’est ce qui incline l’étant à abandonner les pensées de système pour les pensées, non pas d’exploration, parce que ce terme a une coloration colonialiste, mais d’investigation du réel, les pensées de déplacement qui sont aussi des pensées d’ambiguïté et de non-certitude qui nous préservent des pensées de système, de leur intolérance et de leur sectarisme”. “[...] es lo que invita al ser a abandonar los pensamientos de sistemas por los pensamientos, no de exploración, porque este término tiene un matiz colonialista, sino de investigación de lo real, los pensamientos de desplazamiento que también son pensamientos de ambigüedad y de no certidumbre que nos preservan de los pensamientos de sistemas, de su intolerancia y su sectarismo” (130 Traducción nuestra).

Referencias bibliográficas

Balmaceda, Paz. *Fet a America. La novela latinoamericana contemporánea según 18 autores*, México: Ed. La cifra, 2010.

Glissant, Édouard. *Introduction à une poétique du divers*, París: Gallimard, 1996.

Jeftanovic, Andrea. *Destinos errantes*, Santiago: Tajamar Editores, 2017.

Meruane, Lina. *Volverse Palestina*, Barcelona: Random House, 2014.